

distante de nosotros, y partimos con su hijo para contemplar aquel espectáculo de siniestro augurio. Después de haberlo buscado durante algún tiempo, lo descubrimos al pie de un enorme abeto. Estaba sentado con las piernas cruzadas, los brazos alrededor de las rodillas, las manos estendidas sobre las cenizas de una miserable hoguera, y le faltaba la cabeza. La cavidad del pecho y del abdomen estaba llena de despojos de crisálidas, y brazos y piernas se parecían á los de una momia. El vestido, que se componía de una camisa, unas medias de lana, y una manta raída, pendían aun del esqueleto; á su lado había un hacha, un saco con avíos para encender fuego, una marmita de estaño y dos cestos de corteza de abedul: el saco guardaba además un cuchillo viejo y municiones para una sola descarga. Uno de los cestos contenía un sedal de pescar, fabricado de corteza de cedro, no terminado aun, y dos extraños anzuelos hechos con un pedacito de madera y un gancho de metal; el otro contenía algunas cebollas silvestres, aun verdes. Un montón de huesos rotos y los restos de un cráneo de caballo revelaban claro que allí había ocurrido. Aquel infeliz ser humano, sucumbiendo al hambre, había prolongado su vida todo lo posible, como lo atestiguan las partículas de alimento allí esparcidas. Según todos los indicios, era un chuchup de las Montañas-Pedregosas, que como nosotros, había intentado ir á Kamloups. Pero ¿qué había sido de su cabeza? En vano la buscamos. Esto fue para nosotros un problema irresoluble, pues si se había desprendido por sí misma, á su lado debía encontrarse; y si hubiera sido arrancada por algún animal, éste hubiera atacado todo el esqueleto, cuya posición desmentía esta conjetura. Dejámosle, pues, como lo encontramos, llevándonos únicamente su hacha, que tan necesaria nos era, su eslabon, su sedal y sus anzuelos, no para utilizarlos, sino como recuerdo de un hecho tan extraño.

Silenciosos y llena el alma de sombríos presentimientos, volvimos á nuestro campo.

Nuestro vigor, abatido por la falta de sustento y por la inquietud que nos infundía tan precaria situación, se postró mas á consecuencia de este poco tranquilizador descubrimiento, porque es lo cierto que había una notable semejanza entre nosotros y aquel indio, que después de intentar atravesar el bosque sin camino, había sufrido el tormento del hambre y dado muerte á su caballo para alimentarse. Aquel espectáculo nos refirió con terrible minuciosidad una historia cuyo desenlace fue la muerte. También nosotros nos veíamos reducidos al extremo de matar uno de nuestros caballos; siendo de notar que el indio tuvo sobre nosotros, al emprender su viaje, la ventaja de hallarse en su país.

Así, pues, mirábamos el porvenir bajo su mas formidable aspecto; y aquella noche se decidió por unanimidad matar el *Pequeño-Negro*, al rayar el día.

El 9 de agosto fue conducido al lugar de la ejecución; pero aunque todos estábamos de acuerdo en que era necesaria su muerte, nos causaba gran pena el sacrificio de un animal que nos había acompañado al través de tantas fatigas. El Assiniboine puso término á nuestras dudas, y mató de un escopetazo al desdichado caballo. Pocos minutos después su carne era asada, y todos se ocupaban en cortar rajadas de ella para conservarla. Todo el día nos hartamos con lo que no podíamos llevar, mientras el resto se secaba en una buena hoguera. Al principio fue objeto de duda que semejante caballo pudiera comerse; pero la verdad es que se comió con apetito. Los momentos que no empleábamos en devorar los utilizábamos en remendar nuestros harapos, incluso las mocasinas, que empezaban á no sernos de provecho alguno.

Al día siguiente, de nuestra provisión de carne solo nos quedaban cuarenta libras. ¡El pobre *Pequeño Negro* estaba tan flaco y tenía tan poca talla!

Con gran trabajo proseguimos el viaje. A la escasez de alimento agregábase el fundado temor de seguir, en lugar del Thompson, alguna corriente ignorada que nos condujese á laberintos sin salida. Exánimes y famélicos, nos considerábamos muy felices cuando matábamos una perdiz, una marta, ó pescábamos alguna trucha. A gran fortuna tuvimos un día matar un puerco-espín, que nos pareció delicioso. Con frecuencia las rampas y la aproximación de las montañas que bajaban hasta la orilla del agua nos obligaban á detenernos y esperar horas enteras que el Assiniboine descubriese un camino. A estas corrientes de agua les pusimos por nombre *Rápidas de Murchisson*. No obstante, el valle continuaba estrechándose, y al fin fué á parar á un precipicio. Quedamos encerrados: por un lado el río, por otro alturas tan escarpadas y laberínticas, que parecía imposible escalarlas. A pesar de esto, el Assiniboine encontró una escarpa, que acaso sería posible salvar mediante la prudencia. Preciso fue conducir los caballos uno por uno, para hacerles saltar en zig-zag al costado de la eminencia y de los musgosos y resbaladizos peñascos. Bucéfalo cayó, quedando suspendido á horcajadas en toda su longitud sobre un árbol, apoyado en otros tendidos horizontalmente á bastante altura para que las patas del animal no llegasen al suelo. Cheadle le dió un vigoroso empujón que le hizo caer, sin recibir lesión alguna.

Pasamos luego cerca de un torrente que se arremolinaba en derredor de unos altos peñascos. El Assiniboine dió á este paso el nombre de *Puerta de Infierno*.

El viaje continuó siendo una serie de desventuras,

y nos fue preciso matar otro caballo. El 18 descubrimos con indescriptible alegría algunas ramas cortadas á cuchillo, para abrir un camino entre los matorrales, y por la tarde observamos algunas huellas de caballo.

El 21 llegamos á un pantano cenagoso donde estas eran muy numerosas. En la otra orilla había un cedro derribado que había servido de canoa. Un árbol ostentaba un rótulo que parecía inglés, pues ya no podía leerse.

Por último, el día siguiente penetramos en un sendero cuyos árboles habían sido señalados por el hacha hacia ya mucho tiempo. Algunas antiguas trampas de marta, halladas á trechos, nos probaron además que habíamos llegado al fin de un antiguo camino de tramperos, que venía de Kamloups.

El valle empezaba á ensancharse rápidamente, las alturas disminuían, el camino se determinaba cada vez mas, y el 22 á medio día prorumpimos en gritos de júbilo, cuando al salir de las tinieblas del bosque, donde tanto tiempo habíamos estado enjaulados, empezamos á pisar la yerba de una hermosa pradera. A nuestra vista se dilataba un país espedito, abierto, variado, con colinas redondeadas y zonas de suelo poblado de bosques. Por común acuerdo allí nos detuvimos. Tendrímonos, pues, sobre el verde césped, nos calentamos al sol, y nuestros caballos en plena libertad, se pusieron á pacer la yerba fresca.

El día era magnífico, y fácilmente se comprenderá el placer con que contemplábamos aquel encantador paisaje. Por espacio de once semanas, por lo menos, habíamos caminado sin descanso, y hacia un mes que nos habíamos extraviado en el bosque, hambrientos, estenuados de fatiga y casi sin esperanza de salir de él.

Entusiasmo al volver á encontrar de nuevo á nuestros semejantes.—Campamento de indios.—Kamloups á la vista.—¡Adelante! ¡al fuerte!—Opípara cena.—Fin de nuestros tormentos.—Descanso.

El camino estaba, al fin, bien trazado y bien trillado. No habíamos llegado aun al término de nuestros quebrantos, pero teníamos la seguridad de lograr el objeto que nos proponíamos. El 23 encontramos un indio y su mujer que llevaba un niño á la espalda.

Estos eran los primeros seres humanos que encontramos desde nuestra salida del Escondite de la Cabeza Amarilla. ¡Dios sabe cuán cordialmente los saludamos! ¡Cuán vehementes apretones de manos! ¡Qué regocijo y qué incomprensibles preguntas! El pobre indio estaba estupefacto, y en verdad no sin motivo. Creímos entender, mas por sus señas que por su lenguaje, que no tardaríamos en encontrar otros indios, y que aquella misma noche podríamos llegar á Kamloups. Aceleramos, por consiguiente, nuestra

marcha por espacio de 10 á 12 millas, pero á nadie encontramos. Aquella noche comimos nuestro último pedazo de caballo.

El 24 vimos á dos indios, dos mujeres y algunos niños sentados alrededor de una hoguera donde se cocían algunas semillas en un perol de hierro. No bien nombramos á Kamloups, exclamaron:

«¡Aiyú, mucho, mucho; aiyú té, aiyú tabaco, aiyú salmon; aiyú wisky. ¡Kamloups!» De esto inferimos que allí nos esperaba gran abundancia de cosas buenas.

Al día siguiente encontramos los cadáveres de dos indios, hombre y mujer: estaban cubiertos con una manta, y á su lado se hallaban todos sus efectos intactos.

En la tarde del 28 vimos al fin á lo lejos una cadena de alturas que señalaba el sitio de Kamloups, y aquella noche, á pesar de las sombras, vislumbramos una casa. ¡Indefinible emoción!

Galopamos, saltamos de la silla, abandonando nuestros caballos á sí mismos, entramos en una especie de patio donde muchos indios y mestizos acababan de terminar una cena, cuyos restos llenaban todavía un mantel estendido en el suelo y alrededor del cual estaban sentados. Un indio de edad provecta se adelantó hácia nosotros, y en una jerigonza mezcla de francés, de inglés y *chinuk* (1), se nos presentó llamándose el capitán San Pablo, para preguntarnos quiénes éramos. Respondímonosle que acabábamos de atravesar las montañas, que perecíamos de hambre, y que nos diese de comer lo mas pronto posible.

«Abundancia de todo tendreis, y al momento, nos dijo, pero á *piastro cada uno*. A esto le replicamos que nos sirviese, aunque fuese á 100 dollars por cabeza.

Pocos instantes después devorábamos un grasiento plato de tocino y berzas, esquisitas tortas, y bebíamos copiosamente el tan anhelado té. Tal cantidad engullimos de tortas, que asombró á los mismos indios.

Aquella noche llegaron del fuerte de Kamloups M. Martín y otras muchas personas que venían al baile que unos mestizos daban el mismo día en San Pablo. M. Martín se mostró muy cortés con nosotros, y nos invitó á hospedarnos en su casa al día siguiente.

Kamloups.—Estraordinario apetito.—Salida de Kamloups.—Notables terraplenes del Thompson y del Fraser.—La barca de Cook.—Tumbas adornadas.—País de los *Cagnons Yale*.—Nueva Westminster.—Victoria, en la isla de Vancouver.—Lilloet.—Las rampas de la Serpiente.—Las posadas en el camino de las minas.—Cameron—Town.—William's—Creek.—Vista á las minas.—Regreso á Inglaterra.

Al levantarnos el 29 de agosto, el sol estaba bas-

(1) Jerga inventada por la Compañía de la Bahía de Hud-

tante alto. Almorzamos bien, y nos trasladamos á Kamloups, situado en la otra orilla. M. Martin y M. Burgess, administradores en ausencia del negociante en jefe, M. Mac Kay, nos recibieron afectuosamente.

Lo primero que hicimos despues de nuestra llegada, fue procurarnos todo un almacen de vestidos nuevos, y luego nos dimos un excelente baño en el

Thompson, pudiendo entonces disfrutar á nuestro placer del *otium cum dignitate*; y fumando nuestras bienaventuradas pipas, nos informamos de lo que habia pasado, no aquel dia, sino durante todo el año transcurrido.

¡Costillas de carnero, patatas, pan, manteca, leche, pudding con arroz, té y azucar! ¡Compárese esto con la carne de caballo fambre, los animales pesti-

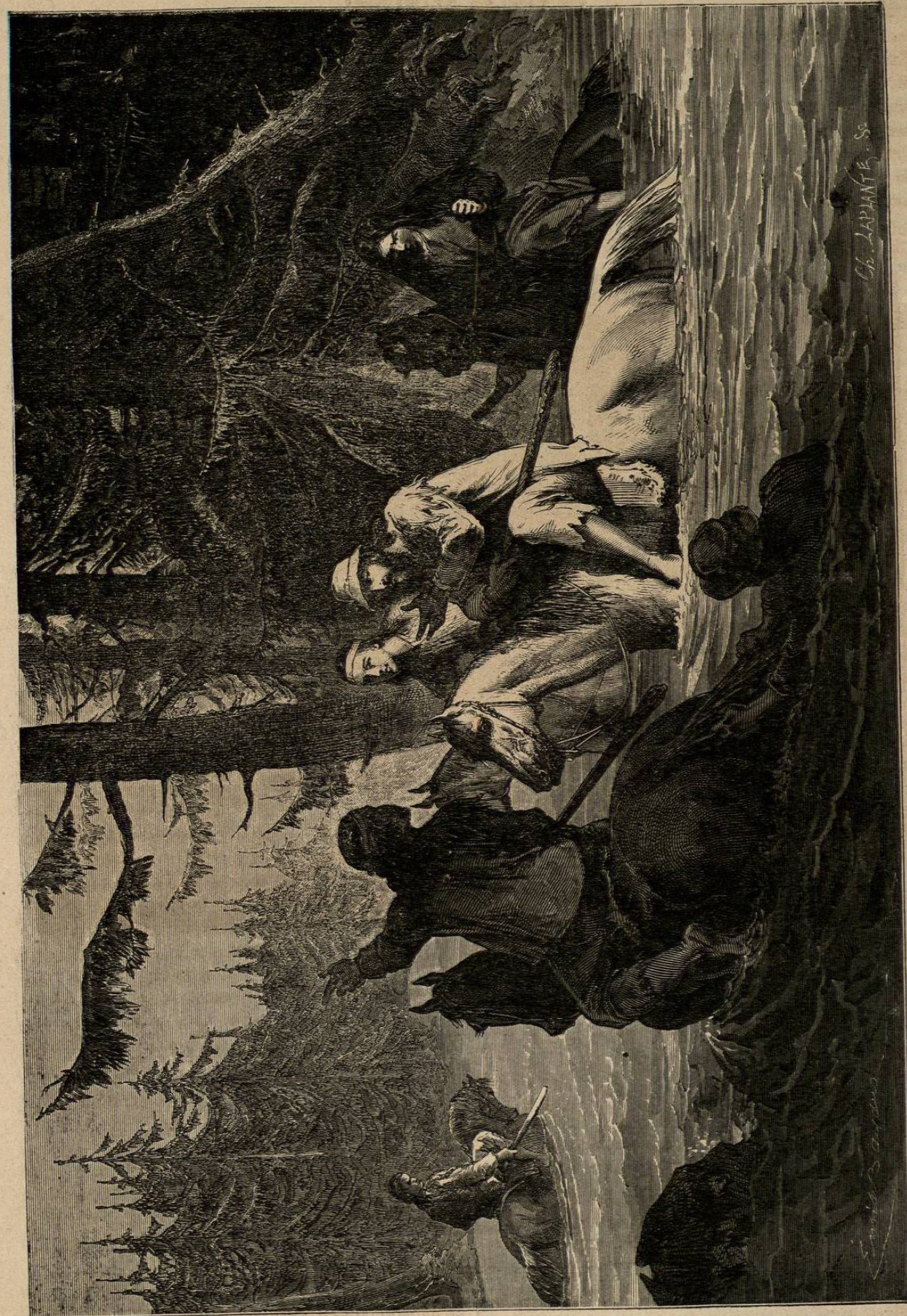


Llegada de mineros á una posada del Caribú.

feros, ó la completa falta de alimento! Sin embargo, la abundancia de las comidas diarias del fuerte no bastaba á nuestra voracidad, y teníamos el arte de intercalar tres comidas mas. Nos levantamos antes que todos los habitantes de Kamloups, é íbamos á desayunarnos en casa del Assiniboine, que con su familia habitaba en una tienda inmediata; luego volvíamos secretamente á su casa para comer entre el desayuno y la comida, y entre ésta y la cena. Cuando dejamos de comer, no era por falta de apetito, sino por falta de espacio en el estómago. Este sistema de son, y entendida por todos los indios de la América del Norte.

alimentacion nos engordó pronto, y tres semanas despues de nuestra llegada, Cheadle veia con agradable sorpresa que pesaba cuarenta y una libras mas.

El fuerte que la Compañía de la Bahía de Hudson posee en Kamloups está situado en la orilla meridional del Thompson, á algunos cientos de metros mas abajo de la confluencia de sus brazos del Norte y del Sur. En las inmediaciones, algunas colinas redondas cubiertas de *bunchgrases* y de abetos diseminados se elevan por todas partes. Los pastos son muy estensos y fértiles; y la espesada compañía mantiene allí considerable número de caballos, y grandes rebaños de ganado lanar y vacuno.



M. O'B atraviesa en triunfo una corriente.

Mientras descansábamos en Kamloops nos dedicamos á estudiar la cuestion relativa á la posibilidad de practicar un camino al través de las montañas por la garganta de Leather ó la del Escondite de la Cabeza Amarilla. Cuando los recursos y las necesidades de la Colombia Británica sean mejor conocidos, nadie habrá que no comprenda cuán indispensable es abrir una comunicacion entre las dos vertientes de las Montañas Pedregosas, y las ventajas que procurará la construccion en el territorio inglés, de un camino que conduzca del uno al otro Océano. Por hoy nos limitamos á asegurar que se puede fácilmente construir un camino por la garganta de la Cabeza Amarilla, y que seria bajo muchos conceptos superior á otros mas conocidos hasta el dia.

Uno ó dos dias despues de nuestra llegada, M. MacKay tuvo la bondad de proporcionarnos caballos y de acompañarnos hasta Yale, donde el Fraser es navegable. M. ó B., que ya no podia resistirse al deseo de gozar de los placeres de una civilizacion mas refinada, resolvió partir inmediatamente para Victoria, con su equipaje al hombro.

El 8 de setiembre salimos de Kamloops, bajo la direccion de M. Mac Kay, y en compañía del Assiniboine, de su mujer, de su hijo y de otro indio. Habíamos decidido llevar nuestros pobres compañeros á Victoria, porque si el Assiniboine habia visitado en otro tiempo el establecimiento del Río Rojo, su mujer y su hijo no habian visto en materia de ciudades, sino los puestos de la Compañía de Hudson.

Pasamos el Tompson por la estremidad del lago de Kamloops, y entramos en el valle del Bonaparte, donde encontramos el camino del Caribú á Yale. Con admiracion observamos los curiosos terraplenes que imprimen un carácter tan singular al pais por donde corren el Tompson y el Fraser. Estiéndese en un espacio de mas de 300 millas hasta los Cagnons, mas arriba de Yale. Estas banquetas, segun allí se las denomina, están perfectamente niveladas, y tienen exactamente la misma altura en las dos orillas del rio.

Son verdaderas llanuras, y en muchos sitios tienen tres órdenes de pisos. El mas bajo de estos, donde se ensancha el valle, presenta una superficie enteramente plana, que suele tener muchas millas de estension, y se eleva á 40 ó 50 pies sobre el nivel de la orilla del rio, por medio de una rampa que recuerda el aspecto de los terraplenes de un ferro-carril. El segundo piso se eleva de 60 á 70 pies sobre el inferior, y pocas veces tiene mas de algunos acres de estension. El tercero, ó el mas alto, que está quizás á 400 ó 500 pies de distancia del agua, marca una altura inaccesible sobre las laderas de las montañas que bajan hasta el rio.

El oro que se encuentra en todos estos terraplenes

á lo largo del Fraser, es de la mas fina calidad, y recibe el nombre de *oro en harina*; pero no se presenta todavía en cantidad suficiente para atraer á los mineros del Caribú.

Poco despues de llegar á la orilla del Thompson, entramos en un sitio donde aun no estaba terminada una parte del camino: un gran número de chinos se ocupaba en nivelarlo. Sus extraños semblantes, sus sombreros de anchas alas, y sus largos mechones de pelo divertieron mucho á nuestros Assiniboes. Ocho ó diez millas de marcha nos llevaron al punto en que el camino pasa á la orilla izquierda del Thompson. Este lugar se llama la *Barca de Cook*.

El camino desde aquí á Yale, y sobre todo la parte que está mas abajo de Litton, es el mas extraordinario de cuantos hay en el mundo. Cortados en las faldas del desfiladero, sus eternos rodeos lo convierten en una cadena de *eses*. Mirado desde abajo, se parece á una línea tortuosa, rasguñada, por decirlo así, sobre un peñasco redondeado, de 500 á 600 pies sobre el rio. No tiene ninguna especie de parapeto; el camino cae á plomo, y nada en los precipicios sostiene la plataforma por donde pasa.

Entre Lytton y Yale se encuentra la mayor parte de las barras ó bancos de arena que han dado desde su descubrimiento tan asombrosa cantidad de oro. En la actualidad, los chinos son los únicos que los explotan, y ganan de uno á diez dolares diarios.

Vimos esparcidos aquí y allí algunos sepulcros indios, adornados con muchas banderas, y á veces con figuras esculpidas casi del tamaño natural, y pintadas con esmero. Por lo regular, la escopeta del difunto, sus trages y la mayor parte de sus efectos pendian de unos palos clavados al rededor de la tumba.

A mas de 15 millas mas arriba de Yale, la garganta al través de la cual se precipita el Fraser se angosta mucho, y esto es lo que se denomina la *Cadena de las Cascadas*; el trayecto hasta la ciudad, por el rio, es una série de rápidas llamadas los *Cagnons ó Canyons*, (1) segun la pronunciacion de los habitantes. Las montañas tienen por ambos lados 3,000 ó 4,000 pies de altura. El Fraser, que hasta entonces no era casi sino un torrente lleno de peñascos, preséntase allí verdaderamente furioso; cúbrese de espuma, y brama en aquel estrecho canal, por el que se lanza con una velocidad de 20 millas por hora.

Al llegar á Yale á las cuatro de la tarde, encargamos la mejor comida que la *Fonda Colonial* pudiese presentarnos. Este establecimiento estaba dirigido por un francés que en tal ocasion se escedió á sí mismo.

(1) Los ingleses emplean esta palabra en la América del Norte para significar *garganta ó desfiladero*.

Yale, en realidad, no es sino una calle que da frente al rio, en el momento en que saliendo de los Cagnons, forma un ancho y magestuoso rio. Las casas de madera, blancas, limpias y adornadas de banderas, tienen toda la alegría que puede desear un yankee. Encuéntrase oro en la calle de Yale; y mientras comíamos, dos indios lo buscaban con una báscula ó roker, (máquina destinada al efecto), en frente de la fonda.

Al dia siguiente tomamos puesto en un vapor que bajaba hasta Nueva-Westminster, á la desembocadura del Fraser, donde se han construido ya muchas calles de buenas casas de madera.

Desde allí nos embarcamos el 19 de setiembre para Victoria, en la isla de Vancouver.

Victoria está admirablemente situada en las orillas de una bahía pedregosa, especie de concha labrada en el promontorio que forma el mar para penetrar en la abra Esquimalt y en el interior de las tierras.

Como todo el tráfico de la Colombia Británica pasa, al entrar y al salir, por dicha ciudad, sus comerciantes se han enriquecido rápidamente, y los antiguos edificios de madera han sido reemplazados por hermosos almacenes de ladrillo.

Muy lejos estábamos de haber renunciado al proyecto de visitar el Caribú, aunque no habíamos logrado penetrar en él por el camino recto, y aunque distaba de Victoria mas de 500 millas.

El 29 de setiembre, hechos todos los preparativos necesarios, entramos en el vapor *Otter*, con rumbo á Westminster, donde tomamos el que conduce á Douglas sobre el Harrison, á fin de recorrer el otro camino que guía al Caribú por los lagos y por Lilloet.

Pasando por Douglas y Pemberton, por el camino de los lagos y *portages*, encontramos de nuevo el Fraser en Lilloet, á 260 millas cerca de Nueva-Westminster, y á 300 de Victoria. En este camino, y especialmente alrededor de los lagos Anderson y Seton, el país ostenta una magestad salvaje.

Las montañas surgen bruscamente por todas partes del fondo de los lagos, escarpadas, pedregosas y estériles.

La ciudad de Lilloet, situada en uno de los terraplenes del Fraser, estaba llena de mineros que bajaban á Victoria para invernar en ella. Se bebia, se jugaba durante todo el camino hasta mas de media noche en medio de un diluvio incesante de votos y de palabrotas propias de la jerigonza de los mineros.

Tomamos asientos en la diligencia que va de Lilloet á Soda Creek, sobre el Fraser.

Un vapor hace la travesía de Soda Creek á la desembocadura del Quesnelle; y desde allí, un camino de herradura conduce á Richfield, en el William's Creek, en el centro de las minas del Caribú.

El camino, llano y bien construido, tiene á trechos 18 pies de ancho. Se pasa el Fraser en una barca á poca distancia de Lilloet; luego se sube el valle del rio en una estension de 20 millas, rodeando por encima las escarpadas faldas de las alturas. En el valle del Pabellon, el camino vuelve hácia el Nordeste, hasta el pie de dicho monte, en donde salva una altura de 500 pies, por medio de bruscas angulosidades. Nuestro tren, compuesto entonces de cuatro caballos, no llenaba ya su objeto, y nos fue preciso trepar á pie.

Desde la cima descubrimos hácia el Sudeste un vasto territorio, y pudimos examinar la curiosa manera con que estaba formado el lado de la bajada. No lejos de nosotros habia una hondonada, cuya superficie presentaba una série de ondulaciones tanto mas considerables cuanto mas se acercaban al fondo. La hondonada nos pareció un cráter apagado, cuya lava se habia condensado y enfriado paulatinamente en otro tiempo, en la pendiente desigual y cubierta de musgo que teníamos á la vista.

Una meseta herhosa empieza en la cima del monte Pabellon, siendo su longitud de 6 á 8 millas. El camino se eleva luego con rapidez, nos condujo á lo alto de las Rampas de la Serpiente. A nuestro frente, la bajada se precipitaba por espacio de 2 millas, formando muchos ángulos oblicuos, ó sea zigzags. Cortado sobre la ladera de la montaña, suele no completar su longitud sino por medio de vigas tendidas sobre el precipicio, y escepto en los recodos, no podrian pasar de frente dos carruajes sin peligro, y no tiene parapetos.

Despues de pasar por Clinton, en donde se detiene un sendero que pasa por Yale, el camino empieza á subir; al cabo de algunas millas llegamos á la eminencia, arenosa y estéril, sobre la que crecen algunos abetos de poca talla, y que está entrecortada por muchos lagos.

Durante todo nuestro camino, las posadas habian sido bastante miserables, pero mas allá de Clinton eran detestables. No habia en ellas otra cama que el suelo; estaban situadas de 10 en 10 millas, y no tenían mas nombre que la numeracion que les correspondia con relacion al mojon mas inmediato, como por ejemplo, la posada del 50,000. Las tablas, toscamente cortadas del pavimento, nos protegían mal de los frios vientos colados que silbaban por entre las desvencijadas puertas. Tales posadas no son sino unas chozas de troncos mal trabajados, y solo tienen un aposento. A una estremidad hay una gran chimenea, y en la otra un despacho detrás del cual unas tablas sostienen filas de botellas llenas de las bebidas alcohólicas mas vulgares. Segun la estacion, al ir ó al volver de las minas, los mineros de todas las naciones, ingleses, irlandeses, escoceses, franceses, ita-